



Sobre el cuidado de la pluralidad en el espacio público político en tiempos de populismo reaccionario

Paula Lorén Soler*

Camila Meyar*

Donde sea que se traza una línea, ella atraviesa siempre la carne tierna de alguien.

Raven Kaldera, activista intersex.

En los momentos de crisis de bloques hegemónicos, se abren oportunidades para pensar nuevos órdenes. Al observar cómo cierto tipo de neoliberalismo, que hasta ahora fue hegemónico, entra en crisis en algunos escenarios, surgen las preguntas: ¿cómo recomponer una sociedad que ha sido desgarrada por éste? ¿Implica el fracaso de los actuales sistemas y modelos o representa una renovación de la política tal y como la conocemos? En tal sentido, los populismos nos han ofrecido en las últimas décadas diferentes experiencias en función del modo en que se han articulado sus demandas, y cómo se ha constituido ese “nosotros” que traza fronteras antagónicas entre un “pueblo” y el afuera del pueblo. Este modo de articulación del “nosotros” puede hacerse de tal modo que la democracia se vea restringida, o puede llevarnos a una democracia capaz de contener en sí una mayor pluralidad de demandas. Frente a los avances de proyectos de signo reaccionario, parece urgente la necesidad de desarrollar discursos populistas de izquierdas o progresistas, pero ¿es realmente posible creer en la viabilidad de una democracia radical en el contexto de sociedades atravesadas por identidades, discursos y movimientos cada vez más plurales?

Para comenzar, la idea de populismo con la que nos vamos a comprometer es aquella que se enuncia en términos laclausianos. Es decir, a distancia de concebirla como una ideología, menos aún como un régimen, sino como una estrategia discursiva de construcción política, o dicho en otros términos, como estilo discursivo que unifica posiciones diferencia-

* UNC

paula.lorensoler@gmail.com / camilameyar@gmail.com

das en una simplificación del espacio político que se dicotomiza entre el pueblo -como la manifestación de una voluntad general- y una élite.

Las formas populistas no se caracterizan, entonces, por un contenido ideológico fuertemente definido, sino como una manera de construir identidad en la que sectores subalternizados reclaman para sí la representación de los intereses generales, constituyendo una suerte de bloque social, inicialmente contrahegemónico, que aspira en una segunda instancia, a disputar el poder político, una *plebs* que reclama ser el único *populus* legítimo. Es en este sentido en el que el populismo sería una forma de producción de identidades políticas que se dan en procesos de ruptura. Es el intento de fundación de un orden nuevo en momentos de dislocación y crisis.

Por otro lado, la construcción de un pueblo como actor colectivo, requiere de tres movimientos: la articulación de demandas heterogéneas insatisfechas en torno a un significativo vacío, que van fraguando un sentido de solidaridad compartido; un segundo momento en el que se trazan fronteras antagónicas -aquí los populismos de derechas, que en sus versiones europeas han movilizad las pasiones y los afectos de un modo estratégico, trazan fronteras notoriamente más estrechas y excluyentes en sus discursos- y por último, una tercera instancia en la que la cadena de equivalencias se consolida mediante la construcción de una identidad popular que es, cualitativamente, más que la simple suma de los lazos equivalenciales.

Ahora bien, si es el pueblo el que va a gobernar, es necesario determinar -ante todo- quiénes pertenecen al pueblo. Laclau y Mouffe buscan comprender esta construcción populista como una oportunidad de “radicalización de la democracia”, en la que las facciones, las identidades y los intereses particulares diversos, pueden entrelazarse unos con otros sin perder su especificidad. Y es aquí donde es pertinente resaltar un factor que en Mouffe toma vital importancia: el conflicto. La tesis fuerte de la democracia radical consiste en reconocer que la conflictividad social es irreductible ante cualquier modo de gobierno e invita a pensarla, junto con la pluralidad, como aspectos constitutivos de lo político. Consiste en pensar lo político en inagotable aperturad. El conflicto aparece así, como una producción del encuentro de la diferencia en contextos pluralistas y como un aspecto indeleble en la constitución de lo social. Este enfoque político busca hacer explícito el conflicto para “civilizarlo”. Reconoce el conflicto

para canalizarlo y que, en último término, no degeneren en el aniquilamiento político del adversario. No se trata de desmontar por completo el estado democrático liberal, sino de generar un proyecto que posibilite las condiciones para una guerra de posiciones, que no termina nunca -pues la erradicación del conflicto es siempre provisoria- en el interior del estado democrático liberal, de tal manera que se radicalicen sus principios de soberanía popular e igualdad. Para un proyecto de populismo progresista o de izquierdas, la comunidad no se define por un principio anclado en el pasado, o en la sensación de algún tipo de privilegio perdido, sino por una voluntad permanente de generar algo nuevo en el futuro. El otro espectro del populismo, el de corte reaccionario, si bien se asienta sobre los mismos mecanismos de construcción -dado que el populismo no constituye una postura política completa en sí- sujeta su idea de pueblo a una suerte de esencia anclada en el pasado, un linaje, una procedencia étnica, un color de piel o la propia nacionalidad, deslizándose hacia un terreno en el que el adversario tiende a convertirse en enemigo, sustituyendo la discusión por la erradicación del otro y, en consecuencia, difícilmente conciliable con la democracia.

Quizá hablar de populismos reaccionarios en este contexto latinoamericano, pueda resultarnos un poco extraño, habida cuenta de que en América Latina la maniobra de construcción del pueblo se dio en un sentido claramente democrático y progresista, y en un marco en el que la mística y la épica, que sustituyó la centralidad de la metáfora de la izquierda en procesos populares y emancipadores, fue una identificación nacional como una identificación nacional plebeya.

Pero sigamos ahondando en los motivos del auge populista -sea de izquierdas o de derechas- enmarcado, tal y como señalamos al inicio, en una dinámica mundial histórica, como una suerte de síntoma de una crisis hegemónica de un tipo de capitalismo globalizado, neoliberal y financiarizado. Este tipo de capitalismo mermó considerablemente muchas de las conquistas alcanzadas por las clases trabajadoras a lo largo del último siglo, generando una crisis de representatividad. La experiencia democrática se torna incertidumbre, como bien señala Lefort, a partir de la “disolución de los referentes de la certeza”. El hecho de no establecer con certeza de dónde proviene la soberanía que legitima e instituye el poder político, torna reactivo el modelo político instituido y bajo un gesto violento monopoliza las demás expresiones de soberanía popular. El populismo puede entonces

entenderse, al menos en cierta medida, como una revuelta de estas clases contra este tipo de capitalismo y las fuerzas políticas que lo impusieron.

El bloque hegemónico que aquí se rechaza es, siguiendo la caracterización de Nancy Fraser (2000), un neoliberalismo progresista que ha logrado combinar medidas económicas liberalizantes con una política de reconocimiento aparentemente progresista, el libre comercio con una comprensión liberal de la multiculturalidad, la ecología, los feminismos, y tantos otros movimientos sociales. Esta política de reconocimiento que funcionó como coartada, como “limpieza de cara” ante políticas económicas regresivas, ha facilitado, en suma, que el neoliberalismo progresista se presente a sí mismo como cosmopolita, avanzado y moralmente emancipatorio, en oposición a unas clases trabajadoras provincianas e ignorantes. El neoliberalismo progresista pugnó por instalar la idea de que es posible, y deseable, la existencia de sujetos neutros que, mediante un proceso deliberativo público en condiciones ideales, y cierto ordenamiento institucional, pueden superar el conflicto y llegar a una armonía, negando así los antagonismos. De esta manera, la ciudadanía converge en un diálogo conciliador que permite finalmente dejar las hostilidades atrás y dedicarse al “desarrollo personal”. Las rivalidades son planteadas desde la esfera de la moralidad. Indica Mouffe: “El nosotros/ellos en lugar de ser definido mediante categorías políticas, se establece ahora en términos morales. En lugar de una lucha entre izquierda y derecha nos enfrentamos a una lucha entre bien y mal” (Mouffe, 2007: 13)

Las corrientes liberales que apuestan al consenso mediante un diálogo racional y universal como resolución de problemas, consideran necesario dejar atrás lo que Mouffe denomina como “las pasiones [...] las diversas fuerzas afectivas que están en el origen de las formas colectivas de identificación” (Mouffe, 2007:31). Al acallar el componente adversarial y pasional de la política y al negar la existencia de las divisiones nosotros/ellos, los conflictos no encuentran un modo legítimo de expresarse y se vuelcan a medios que ponen en riesgo la propia democracia. Como bien explica esta autora: “Cuando la división social no puede ser expresada por la división izquierda/derecha, las pasiones no pueden ser movilizadas hacia objetivos democráticos y los antagonismos adoptan formas que pueden amenazar instituciones democráticas” (Mouffe, 2007: 128; Cfr. 13 y 89).

Como mencionamos anteriormente, los objetivos de una política democrática radical serían establecer la distinción nosotros/ellos de modo

que sea compatible con el pluralismo. Pero esto sólo se puede conseguir estableciendo un vínculo común entre las partes en conflicto, de modo que se reconozcan como oponentes legítimos, como adversarios, y no como enemigos irreductibles. A esta forma de relación Mouffe la denomina “agonismo”. En este sentido, la noción de hegemonía resulta ser clave para comprender la posibilidad de un pluralismo agonístico. No se trata de eliminar el antagonismo y sustituirlo por un consenso racional –en el que los oponentes sean reducidos a meros “competidores”– ni de mantener el antagonismo bajo la forma amigo/enemigo –en el que cada uno percibe las demandas del otro como amenazantes e ilegítimas– sino de transformar el antagonismo en agonismo, de domesticarlo y reconducirlo a las formas del modelo adversarial. De lo dicho hasta aquí, se desprende un claro vínculo con la teoría schmittiana, de la cual Mouffe, no obstante, se distancia, contraponiendo el concepto de amigo/enemigo a un modesto modelo adversarial, es decir, personas que son amigas porque comparten un espacio simbólico común, pero que del mismo modo son adversarias al querer organizar este espacio simbólico común de un modo diferente. Las identidades colectivas se realizan en ese espacio común antes descrito, en el que el ellos/nosotros se encuentran sin que esto implique su aniquilamiento. Pensar una pluralidad agonística implica necesariamente superar la visión dicotómica que Schmitt establece. Para la democracia radical la visión consensual de la política termina desconociendo la significatividad misma de lo político, del carácter edificante del disenso y la naturaleza configuradora y formadora de experimentar la diferencia y el reconocimiento del otro, de la adversaria alteridad.

Es importante destacar que el modelo de pluralismo agonístico, aun abrazando la diversidad y las diferencias como algo constitutivo de lo político, no es en ningún caso ilimitado, ni da cabida a cualquier tipo de propuesta. Los límites que propone no son morales, son políticos. No se deberían excluir voces por ser “malas”, sino porque amenazan las instituciones mismas a las que dirigen sus demandas. Uno de los problemas más importantes estriba en pensar cuáles son las instituciones más afines y coherentes con un proyecto de democracia radical. Y al pensar dicha problemática no podemos dejar de lado los movimientos sociales, las movilizaciones públicas (protestas, manifestaciones, levantamientos), las expresiones artísticas de disenso, etcétera; espacios donde distintas voces tienen lugar y participación en un escenario de confrontación agonal. La

democracia radical puede pensarse así como una agenda de acción práctica y política.

Muchas de las fuerzas populistas que se vieron influenciadas por los modelos autoritarios, en algunos casos, se han adaptado a un modelo parlamentario representativo. Esto es claramente comprobable con el Frente Nacional en Francia. Por su parte la socialdemocracia, además, se ha liberalizado hasta tal punto que ya es casi imposible distinguirla de los partidos que abrazan el credo liberal. Por otro lado, aquellos partidos conservadores y de derecha que han aplicado las fórmulas neoliberales dictadas por los organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), han potenciado el desarrollo de las fuerzas de “extrema derecha” al arrojar a sus brazos a miles de desocupados que han perdido referencias ideológicas y donde el miedo al “otro” termina por provocar un rechazo a todo proceso de integración.

Es cierto que la estrategia demonizadora de los movimientos que calificamos como “populistas de derecha”, puede ser moralmente reconfortante, pero des-empodera políticamente. De lo que se trata es de encontrar una formulación progresista que permita una movilización hacia la igualdad y la justicia social. No podemos considerarlos, de una manera absolutamente reduccionista, como meros neuróticos retrógrados de tendencias peligrosamente fascistas, entregándoles mitos y sentidos que aún sean altamente disputables. Asumir eso es, desde el principio, entregar cualquier posibilidad de ganar esos sectores. Frente a la crisis del “consenso en el centro”, de matriz neoliberal, estos movimientos canalizaron un fuerte rechazo a las élites y supieron interpelar, mediante un ideario xenóforo y excluyente, demandas desatendidas por los partidos socialdemócratas que se convirtieron en gestores directos del modelo neoliberal.

Ahora bien, ¿Cómo diseñar entonces una respuesta en clave progresista a las demandas desatendidas de estos sectores sociales arruinados por las sucesivas crisis, evitando que éstas sean cooptadas por proyectos reaccionarios? Quizá ha llegado la hora de poner en juego las pasiones que, según Mouffe, tan poco se han tenido en cuenta a la hora de desarrollar estrategias populistas progresistas en los países del Norte. Mostrando así que es necesario cierto resorte ético, y que resulta urgente retomar la pregunta por el otro. Porque como bien señala Butler, “nadie se cuece solo”. Como sujeto se está siempre vinculado a otros, y su agencia ética se hace posible dentro de un marco normativo. Ese que es próximo en términos

de continuidad y distancia, me puede resultar completamente ajeno ¿cuáles son entonces las normas que hacen jugar el reconocimiento?

Las creencias de los sujetos -que no son sino un tipo de afectos y sirven como marcadores de ordenación de su mundo- son fruto de una disputa política y por tanto pueden ser modificadas, asumiendo como punto de partida que, el sentido común se construye a partir de los códigos de aquel orden que se erige como dominante. Hasta ahora venimos sosteniendo que el neoliberalismo gobernó sobre la anomia y la fragmentación, sobre un desierto en el terreno de lo social, pero también es cierto que, aunque de una manera efímera y basada en intereses altamente fragmentados, creó un tipo de sociedad, la de los consumidores. De lo que se trata es de desarticular y rearticular esos afectos. Los prejuicios, miedos o expectativas, pueden ser rearticulados, desgajados de una determinada visión del mundo e incorporadas a otro. El sentido de cualquier prejuicio no está dado, depende siempre de qué interpretaciones choquen contra él. Los procesos populistas reaccionarios han construido sus prejuicios buscando chivos expiatorios entre los más débiles, como una manera de construir enemigos tangibles, en una operación que invisibiliza los problemas o enemigos reales.

El neoliberalismo desbarató cualquier posibilidad de imaginar un futuro de manera ordenada y previsible para las grandes mayorías, rompiendo todas las certezas y supuestas líneas de progreso. Esto ha sido sustituido por un marco de incertidumbre, de una suerte de “sálvese quien pueda”, generando dos grandes deseos: deseo de seguridad y deseo de pertenencia que, en último término, podrían verse como anhelos de reconstruir una comunidad que dé sentido a quién soy, más allá de ser un consumidor, y que me proteja, en cierto modo, frente a las inclemencias y a los caprichos de los poderosos. Donde las fuerzas progresistas no han sido capaces de ofrecer una solución a esa pulsión de seguridad y pertenencia, han anclado proyectos populistas reaccionarios. Estos se han presentado a sí mismos como proyectos políticos capaces de articular diferentes inseguridades, malestares y ansiedades, a través de la postulación de una suerte de pueblo de ciudadanos cumplidores y sufrientes que soportan unas élites intelectuales progresistas que no les dejan decir lo que de verdad piensan. Pero estas propuestas no pueden ser duraderas puesto que no devuelven ninguna certeza, ni vuelven a construir ningún orden ¿Cómo se puede aspirar a reconstruir si se deja afuera a las comunidades que hablan lenguas o

profesan religiones o culturas diferentes, a los feminismos, o a cualquier tipo de disidencias? Tratar de reconstruir un pueblo dejando a la mayor parte del pueblo afuera, es un intento destinado a no durar, sino a generar un caos mayor. Se trata, por lo tanto, de que esos lazos sociales que han sido desgarrados e imposibilitados sean reconstruidos en una clave democrática radical.

Referencias bibliográficas

Errejón, I. y Mouffe, C. (2015) *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*. Barcelona: Icaria Editorial.

Fraser, N. (2000). “Nuevas reflexiones sobre el reconocimiento”. *New Left Review*, n°4, pp. 55-68.

Laclau, E. y Mouffe, C. (2005). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.